

efecto, lo que deseaba era una mujer bien formada, de buena índole, sencilla y convenientemente educada. El 27 por la noche al entrar con ella en el palacio de Compiègne todos le creyeron completamente feliz.

Allí permanecieron hasta el día 30, que continuó su viaje con la nueva emperatriz hacia Saint-Cloud, donde debía efectuarse el consorcio civil. Para hacer el casamiento válido é irrevocable bastaban las ceremonias celebradas en Viena, según los usos de las antiguas cortes: su renovación en París era una mera fórmula, una solemnidad más debida á la nación donde iba á reinar la nueva soberana.

El 1.º de abril se verificó en presencia de toda la corte imperial y en la gran galería de Saint-Cloud la renovación del casamiento civil entre Napoleón y María Luisa por ministerio del archicanciller Cambaceres. Al día siguiente debía renovarse en las Tullerías el matrimonio religioso para el pueblo de París. El día 2, en efecto, hizo Napoleón su entrada en París por el arco de triunfo de la Estrella, precedido de su guardia, rodeado de mariscales á caballo y siguiéndole la familia imperial y la corte en cien magníficos carruajes. El arco de la Estrella, del cual apenas había á la sazón más que los cimientos, había sido figurado con corta diferencia en la misma forma que ostenta hoy y le atravesó Napoleón en el coche que había servido para su consagración, que era de cristal y permitía verle sentado al lado de la nueva emperatriz. Así recorrió los Campos Elíseos pasando por una doble fila de suntuosas decoraciones y entre un inmenso gentío.

Entró en el palacio de las Tullerías por el jardín. El ara nupcial estaba preparada en el gran salón donde se ven hoy reunidas las más bellas obras de arte, y al cual se llega por una galería de cuadros, la más larga y la

más rica que hay en el mundo y que une el Louvre con las Tullerías. Habíanse dispuesto dos hileras de banquetas que ocupaban toda la longitud de la galería, y en ellas ostentaba sus deslumbradoras galas la población opulenta de París. Pasó Napoleón dando la mano á la emperatriz y seguido de su familia, y fué á recibir la bendición nupcial al gran salón donde estaba abierta una capilla deslumbradora á fuerza de luz y oro. Coronaron la ceremonia entusiastas aclamaciones, y por la noche hubo festín de boda en el gran teatro de las Tullerías. Los días siguientes pasaron en fiestas elegantes y magníficas, en que tomaron parte todas las clases, satisfechas de poder desterrar las sombrías impresiones de la última guerra, pues al ver de nuevo á Napoleón prepotente y dichoso, se olvidaban de lo expuesto que había estado á no volverlo á ser nunca. Al contemplarle tan bien casado se creyó que quedaba definitivamente afirmada su potestad; desechóse todo pasajero presentimiento como un sueño siniestro y sin realidad, y se volvió á creer en la grandeza infinita y eterna del imperio, como si nunca hubiera sido puesta en duda. En efecto, la victoria de Wagram, sin embargo de no poderse comparar con las de Austerlitz, Jena y Friedland en la magnitud de los trofeos, si bien no era inferior en cuanto al genio que la había producido, completada ahora por el enlace con María Luisa, volvía á sublimar á Napoleón á su más alto grado de poderío, y si la prudencia iba poco á poco reparando el gran desacierto de la guerra de España, todavía podían realizarse las últimas ilusiones que sugería aquel casamiento. Pero para que esto se verificara hubiera sido menester cambiar una cosa menos fácil de cambiar que el destino, hubiera sido preciso cambiar el carácter de un hombre, y este hombre era Napoleón.

## LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO

### BLOQUEO CONTINENTAL

Situación del imperio después del matrimonio que une las cortes de Francia y Austria. — Napoleón quiere sacar provecho de la paz calmando los espíritus en Europa y concluyendo al par las hostilidades con España y con Inglaterra. — Se apresura á repartir entre sus aliados los territorios que le quedan desde el Rhin al Vístula para evacuar pronto la Alemania. — Distribución de los ejércitos franceses en Iliria, Italia, Westfalia, Holanda, Normandía, Bretaña, con el triple interés del bloqueo continental, la guerra de España y la economía. — Apuros rentísticos. — Napoleón se propone que pese sobre España parte de los gastos que ocasiona. — Consiste el proyecto de Napoleón en obligar á los ingleses á la paz tras de un gran descalabro en la península y por efecto del bloqueo continental. — Estado de la cuestión de América y situación embarazosa de los americanos entre la Inglaterra y la Francia. — Ley americana de *embargo* y arresto de todos los navegantes de la Unión en los puertos del imperio. — Providencias de Napoleón para cerrar á Inglaterra todas las playas del continente. — Sus exigencias respecto á Holanda, las ciudades anseáticas, Dinamarca, Suecia, Rusia. — Resistencia de Holanda. — A la par que se dedica á estos trabajos, ocúpase Napoleón en poner término á las disputas religiosas. — Falta de algunos cardenales con motivo de su matrimonio, y rigores á causa de ella. — Situación del clero y del papa. — Esfuerzos para crear una administración provisional de las iglesias y resistencia que el clero opone. — Carácter y conducta del cardenal Fesch, del cardenal Maury, de Mr. Duvoisin y Emery. — Establecimiento que Napoleón destina al papado en el seno del nuevo imperio de Occidente. — Envío de dos cardenales á Savona para negociar con Pío VII, y proyecto de un concilio en caso de que se atravesaran grandes dificultades. — Continuación de los asuntos con Holanda. — Napoleón quiere que Holanda cierre al comercio británico todo acceso y le socorra más eficazmente con sus fuerzas navales. — Niégase el rey Luis á todos los arbitrios capaces de producir este doble efecto. — Este príncipe se halla á punto de rebelarse contra su hermano y de echarse en brazos de los ingleses. — Mejor aconsejado, renuncia á este designio y marcha á París con el fin de entablar negociaciones. — Varias tentativas de acomodo. — No esperando Napoleón cosa alguna de Holanda, ni de su hermano, trata de reunirlos al imperio y lo explica así francamente. — Contiénelle el pesar de su hermano, é imagina un plan de negociación secreta con el gabinete británico, enderezado á proponerle que consintiera en tratar de paz y se respetaría la independencia de la Holanda. — Mr. Fouché interviene en estos diversos negocios y designa á Mr. de Labouchere como el mediador más idóneo para desempeñar una misión en Londres. — Viaje de Mr. de Labouchere á Inglaterra. — Rehusa el gabinete británico agitar la opinión pública de resultados de la abertura de una negociación insegura, y despide á Mr. de Labouchere con la declaración formal de que toda proposición equívoca ha de quedar irremisiblemente sin respuesta. — Ignorándolo Napoleón, afánase Mr. Fouché en anudar esta negociación medio abandonada. — Se somete el rey Luis á la voluntad de su hermano, y firma un tratado por cuya virtud cede Holanda á Francia el Brabante septentrional hasta el Wahal, consiente en que ocupen sus costas nuestras tropas, abandona los asuntos de presas á los tribunales franceses, y se obliga á reunir una escuadra en el Texel para el día 1.º de julio. — Regreso del rey Luis á Holanda. — Viaje de Napoleón con la emperatriz á Flandes, Picardía y Normandía. — Grandes obras de Amberes. — Napoleón descubre en el camino que Mr. Fouché ha anudado secretamente y sin conocimiento suyo la negociación con Inglaterra. — Desgracia y destitución de este ministro. — Conducta del rey Luis después de su regreso á Holanda. — Lejos de que procure tranquilizar á los holandeses, los irrita con la expresión de exageradísimo sentimientos. — Su oposición manifiesta á la entrega de los cargamentos americanos, al establecimiento de las aduanas francesas, á la ocupación del Norte de Holanda y á la formación de una escuadra en el Texel. — Funesto incidente de un insulto del pueblo de Amsterdam á la embajada francesa. — Irritado Napoleón manda al general Oudinot que entre en Amsterdam á banderas desplegadas. — Después de hacer el rey Luis vanos esfuerzos para impedir que entren en su capital las tropas francesas, abdica la corona en favor de su hijo bajo la regencia de la reina Hortensia. — Al saberlo Napoleón decreta la incorporación de Holanda al imperio, y divídela en siete departamentos franceses. — Sus afanes por restaurar en este país la hacienda y marina. — Vasto desarrollo del sistema continental de resultados de formar parte del imperio la Holanda. — Nuevo método imaginado para la circulación de los géneros coloniales, y permiso otorgado con este fin á los detentadores, mediante el pago del 50 por 100. — Pesquisas decretadas para sujetarles á este pago. — Invitación á los Estados del continente á fin de que se adhieran al nuevo sistema. — Todos se adhieren menos Rusia. — Inmensas presas en España, Italia, Suiza Alemania. — Terror infundido á todos los correspondientes de Inglaterra. — Restablecimiento de las relaciones con América á condición de que las rompa con Inglaterra. — Situación del comercio general en esta época. — Eficacia y peligro de las providencias por Napoleón concebidas.

Triunfante Napoleón en Wagram de Austria y de los últimos levantamientos de Alemania; enriquecido con nuevos despojos territoriales en Galitzia, Baviera é Iliria; prodigando á sus aliados, polacos, alemanes, italianos, las provincias arrebatadas á sus enemigos; habiendo ensanchado más hacia Oriente su imperio ya tan extendido por el Norte, el Oeste y el Mediodía; esposo sin ser raptor de una archiduquesa, parecía repuesto en la cúspide de las grandezas humanas, de donde estuvo á punto de rodar según las esperanzas de los contrarios y los temores de sus amigos. Como el mundo juzga las

cosas por de fuera, mostrábase una vez más asombrado, y no sin fundamento; pues salvo Rusia, donde sin embargo se daban á Napoleón repetidas señales de deferencia; salvo España, donde una vasta insurrección popular le disputaba las extremidades de la península, todo el continente estaba sin duda sumiso; y parecía ilimitada la humildad tanto de pueblos como de reyes. Protegida por el Océano, sólo Inglaterra seguía librándose de esta dominación prodigiosa; mas si en Francia la guerra marítima producía cansancio, no movía á asombro ni á susto, y antes bien se acariciaba el pensa-



miento de que no siempre el mar sería invencible por la tierra.

Ante espectáculo tan sorprendente, el partido realista y religioso, más iluso que otro ninguno y por tanto menos propenso á darse por vencido, sentía que le iban faltando las fuerzas. Así inclinábese á la dinastía imperial más de lleno, y muchos de sus individuos, hasta entonces los más desdeñosos y maldicientes, acabaron por admitir destinos de corte. Porque les prestaran asenso, ó porque les sirvieran para encontrar á su debilidad alguna excusa, divulgaban los más singulares rumores. Al decir de ellos, Napoleón enlazado con María Antonieta desde que era esposo de María Luisa, iba á retroceder á lo pasado, á rehabilitar gloriosamente la memoria de Luis XVI, á expulsar á los regicidas del gobierno y quizá también del territorio, y en suma á rodearse de la antigua corte. Juntamente con estos rumores hacían circular una noticia aún más extraña, la de que se estaba á punto de alzar el destierro y hacer mariscal con el título de duque de Hohenlinden á Moreau, popularísimo entre los amigos de los Borbones (1). De boca de los republicanos hubiera sido muy difícil saber nada, pareciendo como si no existieran en el mundo; y realmente apenas sobrevivían algunos de aquellos ocultando sus errores y sus desmanes entre la sombra y el olvido. Pero en su lugar se notaba cierta disposición al examen y á la censura, que presagiaba para tiempos nada remotos un estado de los espíritus muy diferente del de entonces. Aún eran poco perceptibles estos preludios de independencia, y semejava totalmente restablecida la grande autoridad que había rodeado á Napoleón mucho tiempo.

Con todo, á vueltas de estas apariencias todavía fascinadoras, ya columbraban los espíritus reflexivos ciertas realidades importunas. Haciendo Napoleón bodas con una princesa austriaca, había quitado mucha verosimilitud al supuesto proyecto de destronar á las antiguas dinastías, y amortiguado algún tanto el violento odio que inspiraba á Austria; pero no la había indemnizado de sus pérdidas durante quince años ni consolado de sus desastres á la Prusia ni sacado de su grande humillación á Alemania. Con sus procederés á propósito de su matrimonio y con su negativa tan leal como arrogante al convenio sobre Polonia, había ofendido irremediablemente á la Rusia, preparándola además un semillero de desconfianzas de resultas de su alianza con la corte de Viena; á Italia había ofendido igualmente apropiándose primero la Toscana y después las Legaciones y hasta Roma; en la guerra de España tenía de continuo una llaga manando sangre y una causa de hostilidades á que no se veía el fin en el odio de la Inglaterra. A mayor abundamiento, para hacer frente á dificultades de tantas clases, había que mantener ejércitos innumerables en el Norte, el Este y el Mediodía: sostenerlos iba á ser gravamen exclusivo de la Francia por efecto de la paz del continente: reclutarlos era ya para las familias un manantial perenne de angustias. Por último, si aún no cisma, muy confuso encadenamiento de altercados tenía Napoleón en su discordia con el papa. Todas estas cosas notadas por los enemigos, que, deseosos

(1) Más de un mes dieron asunto estos rumores á los informes de la policía. (N. del A.)

del mal lo descubren muy de antemano; desconocidas por los amigos, que se lo ocultan porque les incomoda; casi patentes para los espíritus cuerdos siempre raros y poco oídos; á veces por el mismo Napoleón discernidas, no engendraban realmente peligros insuperables para quien rayaba á tanta altura, si una moderación muy ajena de su carácter altanero y apasionado, y una aplicación paciente y constante para llevar á cabo ciertos designios antes de acometer otros nuevos, le ayudaran á resolver las numerosas dificultades en que se encontraba metido.

Aplicándose, por ejemplo, á sacar de su enlace reciente las ventajas que podía proporcionarle, como tranquilizar poco á poco á Austria, hacerla esperar y restituirla en prenda de alianza sincera las provincias ilíricas, que no le servían de nada; sosegando á Alemania con evacuarla totalmente; restringiendo en vez de dilatar las agregaciones continuas al territorio del imperio; dedicándose á conseguir que el bloqueo continental fuera más riguroso, sin valerse de tal pretexto para más invasiones; lanzando sobre España una masa enorme de fuerzas, y su persona misma, fuerza la más prepotente entre todas; renunciando á toda guerra hasta dar á esto feliz remate; preparando en la península tales descabros á los ingleses que les obligaran á la paz; atendiendo esmeradamente á las creencias religiosas, que tanto halagó á los principios; atrayendo á Pío VII á un ajuste, que este pontífice deseaba en el fondo de su alma; asegurando fuera y por virtud de la paz general el establecimiento del imperio; otorgando dentro alguna libertad á los espíritus prontos á despertarse, sin duda cabía en lo posible precaver una gran catástrofe, ó cuando menos prolongar la duración del demasiado vasto edificio que había levantado; y prolongar decimos de intento, porque, para eternizarlo, hubiera sido menester renunciar á adquisiciones condenadas por la naturaleza de las cosas, como el tener prefectos en Roma, Florencia, Laybach, y reducirse á los Alpes, al Rhin, á los Pirineos, que entonces no pensaba aún disputarnos la Europa; ¡y qué magnífico imperio el que, aun después de limitado, hubiera comprendido á Génova, el monte Cenís, el Simplón, Ginebra, Huninga, Maguncia, Wésel, Amberes, Flesinga.

No parece sino que la Providencia, como indulgente madre, antes de que se pierdan los hombres les avisa muchas veces y les convida en cierto modo á reflexionar con el fin de que se propongan la enmienda. En Eylau, en Bailén, en Essling, la Providencia había señalado claramente á Napoleón los límites que no debía de traspasar de ningún modo; y concediéndole el triunfo de Wagram después de la difícil campaña de Austria, dándole una esposa de la sangre de los Césares para ser madre del heredero del nuevo imperio, parecía como que le otorgaba un plazo para retroceder y salvarse. Con su rara penetración fijóse él mismo en esta sobrenatural enseñanza, reflexionó sobre ella, quiso aprovecharla, y desde su regreso á París ocupóse asidua y esmeradamente en tranquilizar á la Europa, en aplacar á Alemania, en poner término á la guerra de España, y por último, en restituir al mundo, agobiado ya de fatiga, el reposo. Desgraciadamente dedicó á resolver estas dificultades el propio carácter que puso en juego para crearlas; en vez de desatar el nudo quiso cortarlo, y de

resultas su genio, siempre vasto, no fué ya feliz y hasta pareció menos hábil.

Después de sus bodas fué uno de sus primeros actos dirigir una circular á los agentes diplomáticos del imperio para que de ella sacasen la materia de sus discursos: «Esta circular (escribía Napoleón al ministro de Negocios extranjeros encargado de redactarla) no se dará á la imprenta, pero servirá para dar el tono al lenguaje de que deben usar mis agentes. Diréis en ella que uno de los principales arbitrios de que los ingleses se valen para atizar la guerra del continente, estriba en suponer que intento la destrucción de las dinastías. Habiéndome colocado las circunstancias en el caso de elegir esposa, he querido quitarles el pretexto de agitar las naciones y de sembrar las discordias que han ensangrentado la Europa. Nada me ha parecido más adecuado á calmar todas las inquietudes que pedir por esposa una archiduquesa de Austria; y con noticias particulares de las brillantes y eminentes prendas de la archiduquesa María Luisa, me ha sido dado ajustar á mi política mi conducta. Hecha la petición y consentida por el emperador de Austria, partió el príncipe de Neufchatel, etc. Me he regocijado de esa coyuntura para reunir dos grandes naciones y dar una prueba de la estimación en que tengo al Austria y á los habitantes de la ciudad de Viena. Añadiréis que deseo que su lenguaje sea á tenor de los vínculos de parentesco que me unen á la casa de Austria, sin que por esto digan cosa capaz de alterar mi íntima alianza con el emperador de Rusia (1).»

Estas líneas contienen toda la política de Napoleón por entonces. Estrechar sus relaciones con Austria, á quien le unían vínculos de parentesco, sin enajenarse la Rusia, en la cual seguía fundando su sistema de alianza, constituyó su principal estudio durante algún tiempo. Efectivamente, apresuró la evacuación de los Estados austriacos; manifestóse tratable respecto del pago de las contribuciones de guerra; consintió en un empréstito que Austria quería abrir en Amsterdam y aun intervino directamente para que lo realizara; oyó con agrado algunas vagas palabras sobre el destino definitivo de las provincias ilíricas, recién incorporadas á Francia y cuya restitución hubiera sido para la corte de Viena un excelente regalo de boda, é hizo la mejor acogida á Mr. de Metternich, enviado á París por el emperador Francisco á fin de que cimentara las relaciones esencialmente nuevas por consecuencia legítima del celebrado matrimonio.

Al ingresar Mr. de Metternich en el gabinete de Viena, donde ha permanecido cerca de cuarenta años, inauguraba una política muy diferente de la de sus antecesores, como enderezada á producir la buena inteligencia con Francia. Por prepararla quiso ir á París, tanto para guiar los primeros pasos de la joven emperatriz en una corte de cuyos giros estaba muy al cabo, como para asegurarse de si el conquistador contraería hábitos más pacíficos entre las dulzuras de un brillante enlace, ó si lo convertiría en punto de partida para nuevas y más vastas empresas. No eran tiempo perdido algunas semanas dedicadas á este doble objeto, y el emperador Francisco había consentido en que su mi-

(1) Carta de Napoleón al duque de Cadore, existente en el archivo de la secretaría de Estado. (N. del A.)

nistro futuro se dirigiera á París á desempeñar esta postrera y útil misión antes de entrar en el ejercicio de sus funciones.

Napoleón, que había tenido cerca de sí á Mr. de Metternich largo tiempo, le acogió solícitamente y aun esmeróse en agradarle. Sobre todo quiso hacerle testigo de la felicidad de la joven emperatriz para que estuviera en disposición de tranquilizar al emperador Francisco sobre la suerte de su hija. Y con efecto, cierto día que Mr. de Metternich fué á ver al emperador mientras se hallaba en el cuarto de su esposa, se le introdujo sin tardanza en lo interior de palacio, y conduciéndole Napoleón al mismo aposento de María Luisa, le dijo:



Medallón con los retratos de Napoleón y de María Luisa \*

«Venid, veréis con vuestros propios ojos cuán desdichada es vuestra joven archiduquesa y especialmente lo muy sobresaltada que pasa la vida;» y al dejarle después de breve rato, añadióle: «Quedáis con la emperatriz á solas, seréis depositario de sus confidencias, oiréis sus cuitas y podréis transmitirselas al emperador Francisco.» Aunque sorprendido Mr. de Metternich y casi cortado de resultas, quedóse con María Luisa, que se le manifestó completamente feliz con su nuevo estado, y aun le dijo con más despego que el de costumbre. «Probablemente creerán en Viena que tengo mucho miedo á mi temible esposo, y es la verdad que podréis decir á mis antiguos compatriotas que más miedo me tiene él á mí que yo á él.» Y era así que cuando María Luisa caía en alguna indiscreción muy excusable entre personas y cosas que le eran extrañas, apenas se atrevía Napoleón á corregirla, y valíase de Mr. de Meneval ó del archicanciller para hacerla aquellas advertencias que vacilaba en comunicarle directamente.

Cerca de una hora había durado la conversación de Mr. de Metternich y María Luisa, cuando oyeron llamar á la puerta y vieron entrar á Napoleón que le dijo igualmente jovial que antes: «¿Conque os lo ha referido todo mi esposa? ¿Os ha abierto su corazón? ¿Hay motivo para dolerse de este matrimonio por la



ventura de la mujer que se me ha confiado? Escribid al emperador Francisco todo lo que hayáis indagado sin miramientos ni reticencias.» Y acto continuo retiróse con Mr. de Metternich á platicar de los graves asuntos que naturalmente debían ser objeto de las conferencias entre Napoleón y un personaje destinado á ser muy en breve primer ministro de la corte de Viena. Desgraciadamente, á vueltas de esta ostentación de donaires, cuando Napoleón trataba cosas de trascendencia, cuando hablaba de tal ó cual Estado, de lo porvenir y de sus proyectos, siempre se le iban arranques de audacia, de encono, de orgullo, de ambición que asustaban á quien se proponía tranquilizar entonces. Así este león, adormecido por un instante bajo la mano que le halagaba, súbito se despertaba rugiendo si alguna imagen imprevista excitaba sus tremendos instintos.

Más difíciles eran aún las buenas relaciones con Rusia, ofendida por consecuencia de lo precipitadamente que Napoleón había roto el enlace proyectado un momento con la gran duquesa Ana; inquieta además de la conducta que observaría respecto de ella cuando fiara tener de su parte al Austria y contrariada por la negativa á firmar el convenio relativo á Polonia. Respecto del enlace, tan pronto propuesto como roto, Napoleón había encargado á Mr. Caulaincourt, que dijera en San Petersburgo que las vacilaciones de Rusia y más aún la juventud extremada de su princesa le habían obligado á admitir la archiduquesa de Austria, en quien se reunían todas las condiciones apetecibles de edad, de salud, de cuna, de educación escogida, y por la cual habían ya resultado y aún resultarían más afectuosas relaciones entre las cortes de París y de Viena, bien que sin la alteración más leve en el sistema de las alianzas políticas, siempre el mismo, siempre cimentado sobre la íntima unión de los dos imperios de Oriente y de Occidente; que Napoleón deseaba la victoria de los rusos sobre los turcos y la conclusión de la paz que debía asegurar al emperador Alejandro la orilla izquierda del Danubio, esto es, la Moldavia y la Valaquia, según las estipulaciones secretas de Tilsit; que acerca de Polonia, siempre se hallaba pronto á firmar el compromiso de no favorecer ninguna tentativa que propendiera al restablecimiento del antiguo reino de Polonia, satisfaciéndole en este punto el gran ducado de Varsovia, ensanchado recientemente; pero que no podía contraer el compromiso general, absoluto y hasta jactancioso de nunca restaurar la Polonia. «Esto (decía Napoleón) no depende del emperador Alejandro ni de mí, por poderosos que seamos, sino de Dios, más poderoso que nosotros. A no provocar y hasta á no auxiliar los designios de Dios puedo comprometerme, pero no á encadenarlos.» Modestia rara que esta vez le favorecía á maravilla y de que usaba muy hábilmente para combatir los razonamientos de sus contrarios. Con todo, como si nunca pudiera dejar de hacer sentir la punta de su espada ni aun entre las demostraciones más amistosas, añadía que, anhelando sobre manera la continuación de su intimidad con la Rusia, vería con desagrado sus pretensiones de traspasar la línea del Danubio y de pedir á los turcos la Bulgaria toda ó parte de ella; que en cambio de las concesiones hechas al zar, de la Finlandia, recién incorporada á su territorio,

de la Moldavia y la Valaquia, próximas á pertenecerle, esperaba y quería la continuación perseverante de los rigores para con Inglaterra, la clausura absoluta de los puertos rusos, y en suma la fiel concurrencia que se le había prometido en Tilsit por primera vez y en Erfurt por segunda, y que había pagado á costa de los mayores sacrificios. Todo lo cual se decía con una mezcla de cortesanía, de amistad, de altivez, no propia en verdad para ofender á una potencia satisfecha del todo, pero insuficiente para reanimar el afecto de un aliado ya sensiblemente algo tibio.

Mr. de Romanzoff en San Petersburgo, M. de Kourakín en París oyeron estas explicaciones con visos de satisfacción suma, porque Alejandro, con orgullo muy bien entendido, no quería manifestar á la sazón el desagrado que sentía, por temor de que se atribuyera al despecho de haberse descompuesto un enlace, que realmente había deseado poco, y á cuya propuesta no dió oídos sino para estar más seguro de adquirir la ribera izquierda del Danubio. Así para significar mejor estas intenciones, Mr. de Kourakín, atacado de gota el día de la ceremonia nupcial, se hizo llevar cubierto de oro, pedrería y encajes á la capilla del Louvre, ostentando risible júbilo en medio de sus dolores agudos y prodigando alabanzas á la nueva emperatriz por su apostura y su belleza, hasta el extremo de turbar al mismo Mr. de Metternich, que no sabiendo qué responder á los reiterados cumplimientos del diplomático ruso, le dijo: «Sí, está muy bella, pero no es bonita (1).»

Siempre activo en el trabajo ocupóse Napoleón seguidamente en terminar los diversos asuntos de Alemania con la muy cuerda intención de evacuarla. Por el último tratado de paz conservaba el Tirol alemán y el Tirol italiano, que se había acabado de someter durante las negociaciones de Altenburgo: además á la orilla derecha del Inn conservaba á Salzburgo y otros distritos; de sus conquistas anteriores le quedaban el principado de Bayreuth en el alto Palatinado, Hanau y Fulda en Franconia, Erfurt y otros muchos territorios enclavados en Sajonia, Magdeburgo en Westfalia, y por último Hannóver en el Norte de Alemania. Inmediatamente resolvió distribuir estos diversos territorios, después de haber exigido parte de su valor en dinero ó en dotaciones para sus generales, y de retirar sucesivamente sus tropas, excepto las precisas para guardar el nuevo reino de Westfalia. Aunque fué muy de sentir el permanecer en este reino ante los odios alemanes y las inquietudes europeas, que hubiera sido necesario dedicarse á sosegar lo más pronto posible, ya era un cambio muy provechoso, luego de disponer de los territorios aún no repartidos, traer más acá del Rhin ciento ó doscientos mil hombres y no dejar tropas francesas más que cerca de un trono francés, ó junto al litoral de las ciudades anseáticas, no bastando éstas ó no dándose prisa á cerrarlo al comercio británico.

Como era natural, Napoleón transmitió á la Baviera cuanto había adquirido junto al Inn y en la alta Austria, sin que pudiera hacer uso más conveniente y mejor entendido. La abandonó, pues, Inviertel, Salzburgo, el Tirol alemán y una parte del italiano, reservando al reino de Italia toda la parte necesaria para demarcarlo

(1) Informe del duque de Rovigo al emperador. (N. del A.)

del mejor modo. Además concedióla el principado de Ratisbona, quitándoselo al príncipe primado, que debía ser dotado de otra manera, según se verá luego, y finalmente el principado de Bayreuth, conquistado antes á la Prusia. Sobrado era esto para resarcir á Baviera de sus esfuerzos y de sus gastos durante la última guerra. Sin disminuir mucho á esta compensación el precio, aún podía Napoleón exigir que abandonara á Wurtemberg una población de 150.000 almas, de las cuales cedería 25.000 á Baden y 15.000 á Darmstadt. Mediante estos distintos cambios los territorios de dichos aliados debían de tener bastante ensanche y límites más convenientes. Ulm tocaría á Wurtemberg, al par que Ratisbona y Bayreuth serían transferidos á la Baviera.

Por supuesto que Napoleón exigió como precio de estas concesiones de territorio, que no se le pidiera nada por los suministros de sus ejércitos durante su permanencia en Baviera, Wurtemberg y Baden. Tuvo á su cargo dirigir esta evacuación el mariscal Davout, cuyo espíritu de orden y cuya probidad ofrecían toda clase de garantías. Sucesivamente hizo pasar las tropas francesas de Viena á Salzburgo, de Salzburgo á Ulm, de Ulm á Westfalia, y se encontraba satisfecho cuanto consumieron durante esta marcha retrógrada de muchos meses. A la Baviera exigió Napoleón que ratificara las donaciones hechas á los oficiales franceses de todas graduaciones en las provincias concedidas, á no ser que prefiriera rescatarlas por valores determinados. Además quiso que desembolsara una suma de treinta millones de bonos pagaderos á largo plazo, para indemnizar al tesoro extraordinario de los gravámenes con que le había recargado esta campaña. Aun con estas condiciones el don hecho á Baviera valía mucho y era muy superior á los sacrificios. Al asegurarla de nuevo el Tirol, recomendóla Napoleón que le diera una constitución adecuada á satisfacerle, así como, al ceder á Baden diversas partes del Palatinado, le exigió que tratara bien á los católicos; porque es de notar que, si no le descarriaban como conquistador sus pasiones, siempre se le veía obrar como estadista prudente y humano.

Ya satisfechos nuestros aliados de la Alemania meridional y evacuados sus territorios, ocupóse Napoleón en lo concerniente al Centro y al Norte de esta comarca. Urgía fijar la suerte del príncipe primado, antiguo elector y arzobispo de Maguncia, ascendido á canciller y presidente de la Confederación del Rhin, y cuya dotación consistía, parte en el principado de Ratisbona, recién adjudicado á Baviera, parte en los derechos de navegación del Rhin, que producían una renta variable para lo presente y sujeta á un sinnúmero de vicisitudes para lo venidero. Queriendo Napoleón tratar dignamente á este príncipe muy adicto suyo, le otorgó los principados de Fulda y de Hanau, conservados en su poder hasta entonces, á condición de que cediera algunas porciones de territorio á los ducados de Hanau y de Hesse-Darmstadt, Ratisbona á Baviera y los derechos del Rhin al tesoro extraordinario. Estos derechos debían concurrir á formar la dotación de los principados de Essling, de Wagram, de Eckmühl, conferidos á los mariscales Massena, Berthier y Davout por galardón de sus servicios en la última guerra.

Otra ventaja sobre la ya dicha proporcionaba á Na-

poleón esta providencia, pues lo era sin duda al asegurar la suerte del príncipe Eugenio, cuya dotación como individuo de la familia imperial había caducado por consecuencia de las bodas con María Luisa. Esperanzas de adopción en favor del virrey no las había ya tampoco, presagiando todo que Napoleón tendría prole. No entraba en sus miras segregarse del imperio francés el reino de Italia, y admitía cuando más que figurara allí como virrey pasajeramente, bajo la soberanía del emperador, el heredero directo del imperio, mientras lo fuera sólo presunto. Dentro de todas estas suposiciones, dotado el príncipe Eugenio de por vida con el virreinato de Italia, nada tenía que legar á su descendencia. Aun después de cometer faltas en Sacila, este príncipe afable y sumiso había adquirido verdaderos títulos militares durante la última campaña, y á lo mucho que Napoleón le quería se agregaba su propósito de no agravar con la indiferencia hacia su persona y su suerte el vivo dolor que le acababa de causar repudiando á su madre la emperatriz Josefina. Resueltamente inició este asunto cerca de Napoleón la princesa Augusta de Baviera, esposa del virrey, dama digna de su jerarquía, y dotada de singular fuerza de carácter, recordándole con oportunidad los deberes que respecto de ella contraía al ir á buscar junto á uno de los tronos más antiguos de Europa, á fin de enlazarla con un marido sin cuna de príncipe ni patrimonio, y haciéndole conocer lo muy obligado que estaba á no dejarla sin dotación para sus hijos entre aquella perpetua recomposición de coronas. Enternecido Napoleón ante las manifestaciones de la princesa y el secreto pesar del príncipe Eugenio, les otorgó la reversibilidad de la nueva dotación acabada de crear á favor del príncipe primado, bajo el título de principado de Francfort. A ella iba unido un cargo importante, el de presidente de la Confederación del Rhin, siempre bajo el supuesto de que durara este edificio; hipótesis que hay que admitir irremisiblemente cuando se refieren los hechos de aquellos días, para aquilatar en su justo valor las cosas. Por lo demás la quebrantada salud del príncipe primado no debía condenar á larga espera á la familia del príncipe Eugenio.

A impulsos del deseo que movía á Napoleón á acelerar la distribución y evacuación de los territorios alemanes, dedicóse sin levantar mano á dirimir con el rey Jerónimo ciertas disputas territoriales y rentísticas todavía pendientes y muy desagradables para ambos hermanos. Durante la terminada guerra no había satisfecho el rey Jerónimo á Napoleón, y no en manera alguna porque se mostrara débil en las operaciones militares, sino por haber tardado en salir á campaña, y atendido en su administración á los dispendios del lujo más que á los gastos de provecho, y por no gobernar su reino de modo que agradara á los alemanes, y por consentir que se suscitara á los donatarios franceses, que habían recibido dotaciones territoriales en Westfalia, contrariedades nada propias á que Napoleón las tolerase, celoso como era de la suerte de sus soldados. Con todo, no viendo entre sus hermanos otro verdaderamente militar que el rey Jerónimo, y habiéndole encontrado siempre dócil y adicto, continuaba en manifestarse indulgente sin que dejara de vez en cuando de tratarle con extremada aspereza, como á todos los miembros de su familia.